



La Pensión Miramar

La ola había sido negra como la noche y tan alta como la pared de un edificio y completamente silenciosa. Había caído sobre él, después se había oscurecido aún más, y Anton pensó que sólo tendría que bucear en ella. Como si eso fuera posible en un tsunami. Pero después todo se paralizó, se quedó a oscuras, la ola estaba encima de él y él tampoco se aventó un clavado para así atravesarla. Ni se despertó ni recordó el sueño al despertarse. Ahora de pronto le viene a la mente, aquí, mientras desayuna en el vacío jardín de invierno de la Pensión Miramar; el sol acaba de salir hace poco y el agua del mar Báltico es más bien verde botella que azul, ya no digamos negra como la noche. El mar está tranquilo, casi sin olas, Anton lo puede ver, aunque no la playa, oculta por el borde del acantilado, que se rompe abruptamente a cuatro metros del jardín de invierno, y donde anidan golondrinas durante la primavera.

—Eso no puede estar bien. El mar se come la costa y las golondrinas además le hacen agujeros. Hace cincuenta años todavía había seis metros hasta el borde —había dicho la abuela Gertrud la noche de ayer, en la fiesta—. Pero donde viven las golondrinas, vive también la felicidad.

—Estamos llenos hasta finales de octubre —había dicho Nina, la dueña, no sin cierto orgullo, y Anton se sorprendió de que fuera



posible conseguir un hotel como éste por una noche, en plena temporada alta, para celebrar una fiesta particular. El hotel completo estaba lleno con los invitados del cumpleaños número cuarenta de la mejor amiga de Nina.

Ella había sonreído y dicho:

—El deber es el deber. —Habían caminado hasta el borde del acantilado y se habían asomado hacia abajo, al agua del mar, todavía gris y revuelta. El hotel se alzaba cinco metros por encima del nivel del mar, y el viento empujaba el agua hasta bien adentro en la playa.

58

—Desgraciadamente durante las tormentas de otoño perdemos tierra cada año —había dicho Nina, con una expresión que parecía decir que era una ley natural—. En algún momento probablemente nos despeñaremos.

Ahora la Pensión Miramar está abierta de nuevo, hoy sábado llegarán los invitados. Las meseras están poniendo las mesas para el desayuno. Saludan con un movimiento de cabeza al hombre de espaldas anchas y cráneo rasurado que está sentado solo en el jardín de invierno. Anton está acostumbrado a levantarse temprano, y disfruta ese tiempo. Cuando trabaja, esas horas le pertenecen.

El verano terminó y el *Periódico del Mar Báltico* anuncia que esa noche de septiembre el sol ha traspasado el ecuador celeste rumbo al Sur, y que de esa manera se inicia el semestre invernal. El día y la noche, la oscuridad y la claridad, son casi igual de largos. Hace mucho frío para esta época del año, dicen, demasiado frío. Anton pasó el verano en Mallorca, igual que los cinco anteriores. En una vieja casa de piedra construida sobre tierra rojiza, hasta el menor indicio de verde está quemado en esa época, sólo se conservan los olivos de temblorosas hojas plateadas, más tercetos que orgullosos. En las cercanías hay algunas casas pareci-





das en las que viven españoles, españoles de tierra firme, como los llama Küpper. Rainer Küpper, alto y deportista, ronda los cuarenta y cinco, un poco mayor que Anton, lo recoge personalmente en el aeropuerto en Palma, todos los años a principios de junio. Con el Golf blanco que pone a disposición de Anton por los tres meses siguientes. Conducen juntos hacia la casa de piedra en la que Anton vivirá solo y que, en su fuero interno, llama la finca, rodeada por una muralla hecha de piedras del campo que le llega a la cadera. Juntos se sientan en la terraza, como amigos —que no son—, y toman café helado. Entonces Küpper se va en su Mercedes a Cala d’Or, a la clínica, y Anton lo sigue algunas horas después. Hace un calor sofocante y así seguirá durante las siguientes semanas. Anton maneja por la ciudad, con sus inocuas casas blancas que parecen cajas de zapatos. Una fealdad soportable si se piensa en los gigantescos castillos-hoteles en otras partes de la isla. El frescor climatizado de la clínica ortopédica lo recibe, y Anton saluda a las enfermeras, alemanas y españolas. Ya se conocen bien, se alegra de verlas de nuevo.

59

Su vida consistirá, esencialmente, en las artroscopías: introducir delgadas mangueras flexibles en las rodillas de los pacientes, en su mayoría alemanes, y examinar los daños en las articulaciones. Con frecuencia remienda de paso un ligamento cruzado o cose un menisco desgarrado. Su mirada está pegada al monitor, en el que un lego sólo reconocería una masa rojiza y amarilla, mientras que sus manos se mueven como llevadas por un control remoto.

—Podría usted ganar una fortuna, hombre. Si tan sólo tuviera un poco de ambición —le dice Küpper, por lo menos una vez, todos los veranos. En última instancia, no comprende que Anton trabaje con él sólo los tres meses del verano.





—¿Tiene usted una clínica en Mallorca? —le había preguntado la abuela Gertrud la noche anterior. Lo dijo con una voz casi sin sonido, susurrante. Más bien un graznido que un susurro. Quizá un nódulo en las cuerdas vocales, pensó Anton. Probablemente le hubieran extirpado una cuerda vocal y ahora hablaba parada sobre una sola pierna, por así decirlo.

60

—Su compañera de mesa, la abuela Gertrud —había dicho Nina cuando junto a él sentó a la anciana dama, en la pequeña mesa junto a la barra, porque el jardín de invierno estaba lleno con los invitados de la fiesta de cumpleaños, cuyas risas aumentaban de volumen poco a poco. Seguramente tenía más de noventa años; su cuero cabelludo brillaba rosa a través de los delgados cabellos blancos, arreglados en rizos—. Si no trae usted a su abuelita, entonces yo le presto a la mía.

El trato de *usted* lo había desconcertado.

—No, no es mi clínica. Sólo trabajo ahí durante algunos meses, en el verano, porque el equipo no se da abasto en la temporada alta.

—¿Y qué hace usted el resto del tiempo? —Para su edad, era despierta y curiosa.

—Durante el invierno trabajo de manera parecida otros tres meses en Berlín. Suplo en varios consultorios a quienes salen de vacaciones. Así gano lo suficiente para el año entero.

—Pero uno debe de trabajar para sí mismo si es posible. —La vieja dama hizo con los dedos la señal de dinero y se rio, y a pesar de que casi no hizo ruido, a Anton su risa le recordó a Nina, quizá porque sus ojos se entrecerraban hasta convertirse en rendijas diminutas y el azul porcelana ya casi no se veía.

Ese azul muñeca lo había notado cuando la vio por segunda vez, frente a la clínica en Cala d'Or. Estaba parada sobre una pier-





na, apoyándose en muletas y con una bolsa colgada al hombro, y trataba de levantar sus radiografías.

—¿Le puedo ayudar? —le había preguntado él y ella había reído:

—Doctor Werner, mire nada más lo que hizo. Casi no me puedo mover.

Por qué no se quedó una noche más en la clínica, le preguntó él poco después en su auto. Eso no habría sido ningún problema si hubiera avisado que al día siguiente volaría a casa. Ella iba asomada por la ventana, los cabellos de un rubio pálido recogidos en una cola de caballo con una goma azul turquesa, y dijo:

—No me gustan los hospitales.

—Bueno, a mí tampoco —respondió él, y rieron juntos por primera vez.

No se acordaba de su cara, pero sí fácilmente de su diagnóstico: “Esguince del ligamento cruzado anterior, desgarro del menisco medial.” La operación había transcurrido sin problemas, y del resto se había ocupado Küppers, quien la hacía muy bien de médico encantador y de mundo cuando visitaba a los pacientes en sus camas. Debía operarse el menisco dentro de medio año, en casa, donde quiera que eso fuera.

—¿La puedo llevar a alguna parte? —le había preguntado él y ella había dicho:

—Sí, al mar, y después necesito también un hotel bonito, uno en el que se pueda respirar.

Cala d’Or tiene muchas bahías en forma de concha, rodeadas de rocas, que en junio no están tan atestadas como en julio o agosto, pero de todos modos Anton se dirigió hacia la reserva natural por accidentados caminos de arena, hacia la pequeña playa en la que sólo habría algunos surfistas, eso lo sabía. En





junio, cuando todavía no trabajaban a destajo como en pleno verano, venía acá a nadar algunas tardes. Nina todo el tiempo se asomó por la ventana del auto sin decir ni una palabra; sólo de vez en cuando expresaba su entusiasmo por una vieja casa o un jardín en particular.

62

El Mediterráneo era liso y azul turquesa, un azul inimaginable para un mar alemán. El sol estaba alto en el cielo, a pesar de que ya eran más de las seis, y además de los surfistas, familias con niños vacacionaban, tumbados, asoleándose. Ella estaba sentada en la arena, con la pierna que él le había operado estirada y parchada con una compresa de gasas, y con la otra encogida debajo de su cuerpo. Llevaba puestas una falda de mezclilla y una blusa blanca. Anton había ido al pequeño café, más bien un changarrito, y le había llevado café en un vaso de plástico. Ella asintió y señaló con la cabeza una villa cercada que se alzaba sobre un saliente de las rocas, a la orilla de la bahía.

—Le perdono el café si esa casa de ahí es un hotel, me recuerda al mío.

La vista desde el jardín de invierno de la Pensión Miramar hace que Anton comprenda la comparación. A la mitad del saliente de piedra hay una estufa de azulejos pegada a la pared, en cuya banca hoy puede sentarse a desayunar, ahora que está solo. Es una casa grande con un complejo entramado en el tejado, varios techos dispuestos de forma asimétrica se alzan sobre los cuartos de los huéspedes y las tejas están jaladas hacia abajo en los lados, como gorras. Tejas planas, rojas. La casa es blanca; Pensión Miramar se lee sobre el jardín de invierno, con sus elaboradas ventanas de filigrana de madera. Está en diagonal, de modo que el jardín de invierno sí ve al mar, pero no está a merced del





viento. Éste casi siempre sopla desde el Noroeste. Si uno llega desde la pequeña avenida de castaños y abedules, como Anton ayer, la casa les da la espalda a los visitantes.

—Disculpe, ¿la Pensión Miramar?

—Todo derecho, joven. Imposible no verla. Poco antes de que se caiga usted al mar.

Su bisabuelo todavía había sido pescador, le contó ayer la abuela Gertrud. Anton no sabía cómo llamarla; ese extraño nombre, cariñoso y familiar, era del todo imposible, sobre todo cuando Nina le hablaba de usted. El abuelo había construido la casa y, gracias a Dios, grande, y no un cuchitril chiquitito.

—Pues sí, joven, si supiera por todo lo que hemos pasado aquí.

Anton no puso atención a la frase; estaba confundido por la situación, no tanto por la pequeña charla que sostenía con la vieja dama. Su visita sorpresa en Grünborn, a orillas del Báltico, parecía sorprenderlo cada vez más a él mismo. Ya desde que le había preguntado a una mesera por Nina y ésta salió de la cocina, con un vestido azul marino a la rodilla y un pañuelo rojo al cuello, se había sentido como descubierto en falta. Ella tocó su antebrazo cuando lo saludó y le dijo:

—Qué lindo volverlo a ver.

Sólo que hoy era un día muy poco favorable por la fiesta de cumpleaños, pero un cuarto para su salvador desde luego que sí tenía, dijo. Volvió la cabeza hacia un lado y dijo:

—Kerstin, ¿le podría preparar el Cuarto del Espino Amarillo al doctor Werner, por favor?

Éste se hallaba sobre el jardín de invierno, es decir que daba directamente al mar, y Anton podía ver cómo brillaban las bayas anaranjadas en los arbustos a lo largo de todo el acantilado. A la mitad del saliente hay una diminuta chimenea de ladrillos rojos





para la estufa de azulejos, frente a la cual ahora está sentado mientras desayuna.

—Pues sí, joven, si supiera por todo lo que hemos pasado aquí.

La frase había sido sólo un prelude, ahora venía el resto. Eso le quedaba claro ahora. Les sirvieron el menú de la fiesta de cumpleaños. Sopa de venado de los bosques de la cadena montañosa de Kühlung con crema de arándanos, asado de costilla al estilo de Mecklemburgo, relleno de manzana y ciruelas pasas. O, a elegir, filete de bacalao con costra de finas hierbas.

64

Nina los atendió personalmente y estaba sirviendo el asado de costilla con un muy profesional “Que disfruten la cena”, cuando la abuela Gertrud dijo la frase por segunda vez.

—Llegaron en pleno invierno. La bahía de Salzhaff ya hacía mucho que se había congelado completamente, y las escolleras allá adelante estaban todas cubiertas por una capa de hielo y los témpanos eran así de largos. Todos eran muchachos muy jóvenes. Era pleno invierno y ahí estaban parados con sus uniformes. Se veían muy pálidos y hambreados. Fue por la mañana, todavía estábamos desayunando.

Tenía las manos puestas sobre su regazo, ni siquiera había tocado los cubiertos, ya no se diga el asado de costilla. Vio a Anton, y éste se preguntó de qué hablaría la anciana. ¿De la guerra, de la SS, de los rusos? ¿Quiénes habían llegado en pleno invierno vestidos de uniforme?

—Operación Rose, la llamaron. Una palabra tan bonita. Fue el 20 de febrero de 1953, estábamos a quince grados bajo cero y había nevado toda la noche. Eran sajones, o sabrá Dios qué. Chicos tan jóvenes, recién egresados de la escuela de policía. Habían empezado en Rügen varios días antes. Pero nosotros no sabíamos nada. Nadie nos había contado nada de eso. Ni la RIAS,





la estación de radio y televisión en el sector estadounidense en Berlín, ni nadie. Aquí, menos. Entraron, eran cinco hombres, y pusieron todo de cabeza. Que porque explotábamos gente, y escondíamos cosas y acaparábamos mercancía, y no sé qué tanto más. El café de grano de Alemania Occidental ni siquiera lo encontraron, los muy torpes.

Él tomó un trago de cerveza, ella lo miró y esperó a que pusiera de nuevo el vaso sobre la mesa. Le hizo un guiño y dijo:

—Ése lo escondimos bien. Demasiado bien. Nunca se sabe. Pero querían encontrar algo en los hoteles, y en todas partes lo encontraron. Habían bloqueado las cuentas bancarias el día anterior; lo que les interesaba eran las construcciones, lo único que querían era la Pensión Miramar. “Manejo de alimentos podridos”, por algunas manzanas echadas a perder en el sótano. “Acaparamiento de alimentos”, por nuestra mermelada hecha en casa. Mami siempre hacía conservas para la temporada siguiente, toda la fruta era de nuestro jardín. Cerca de cien frascos.

65

Debe estar viendo todo en su mente, pensó Anton. Cómo era capaz de decir “mami” a sus casi cien años sin pestañear siquiera.

—Coma usted. Yo no tengo hambre, y mis dientes... —dijo ella y le acercó el plato que no había tocado siquiera. A veces Anton se tenía que inclinar para entender sus susurros, y de vez en cuando una fuerte tos la sacudía.

—Entonces todos fuimos a dar al bote. Todos. A la cárcel de Bützow, en Dreibergen. Papá, por traficante y capitalista y yo, que para ese entonces ya era gerente, porque me encontraron algunas botas de piel y una nota de pago de Berlín Occidental. El juez en Doberan sacudió la cabeza y dijo que eso no bastaba para un arresto, y me dejó libre. Al día siguiente se largó a Ale-





mania Occidental. Ése todavía era humano. Pero para el que ocupó su lugar, sí bastó. Y a Dreibergen fui a dar. Habían desalojado un bloque completo para nosotros. Arriba los hombres, abajo las mujeres. Doce mujeres en una celda, dormíamos por turnos, y una cubeta como excusado, y todos podían ver lo que uno hacía. Y, sobre todo, olerlo, ¡cómo apestaba aquello!

—¿No se defendieron?

—Qué buen chiste, jovencito. A todos nos dieron “un año y”. El “y” era decisivo. Después de pasado un año podían confiscar el patrimonio según sus leyes. Y luego se les murió el gran jefe en Moscú, el 5 de marzo; todavía me acuerdo como si fuera hoy. El camarada Stalin. Y Alemania Oriental no sabía qué hacer de tanta tristeza, y Alemania Occidental se rompía la cabeza pensando en qué iría a pasar, y los que estábamos en Bützow no importábamos un carajo.

66

Del jardín de invierno vino la amiga de Nina, la cumpleañera, Anton la había visto brevemente en la mesa de honor. Una mujer grande y fornida. Al pasar le dio un empujón en el hombro y dijo:

—Usted le metió mano a la rodilla de mi amiga, pilluelo —después se rio y desapareció en dirección al baño.

La abuela Gertrud la siguió con la mirada, como con la mirada se sigue a alguien en la calle. A la Ina le gustaba empinar el codo, dijo. Pero era una chica muy dulce.

—Y bueno, a veces la historia juega malas pasadas. Porque se les atravesó el 17 de junio, y ahí sí que se armó la grande. Después de eso necesitaron mucho lugar en las celdas. Y pues nos soltaron y entonces sí, “Disculpen ustedes, nos equivocamos, la Operación Rose fue un error”. Después del 17 de junio se querían congraciarse como pudieran. Se suponía que íbamos a recuperarlo





todo. Pero nos largamos a Flensburg en cuanto salimos libres. Mis padres y yo. Sólo la boba ésa se quedó.

Señaló con la cabeza a una mujer mayor vestida de chef atrás de la barra, que se estaba sirviendo una copa de vino.

—Mi hija Helga. Se quiso quedar aquí por su Horst, ese farolero. Yo, ni regalado. Y claro, la dejó colgada cuando Nina era muy chiquita. Helga fue cocinera aquí todo el tiempo. No le importó tener que cocinar para los “amigos” de la Federación Alemana de Sindicatos Libres. Gracias a Dios no le regresaron la casa. Como a los otros que se quedaron. Porque entonces ya no estaríamos aquí. A Kröger, de la Pensión del Puerto, le regresaron su hotel después del 17 de junio de 1953. Para su explotación. Eso significaba ser esclavo en tu propia casa. Ellos lo decidían todo, pero el que pagaba eras tú. Y después de veinte años tiró la toalla y lo vendió por una miseria. No recuperaron nada después de la reunificación. Los que les vendieron sus propiedades a esos rufianes lo perdieron todo. Con o sin Operación Rose. Justo no es. Pero el viejo Kröger siempre fue un tonto. Siempre de lamebotas. Ése ya desde 1928 había corrido a todos los judíos. Cuando todavía ni siquiera era necesario.

—¿Y desde cuándo fue necesario? ¿Hubo un plazo impuesto por los nazis? —Anton sí se acabó todo lo que había en el plato de la vieja dama. La miró y en ese momento se dio cuenta de que había terminado su historia, que probablemente había contado ya cien veces. Ella dudó.

—Sin los nazis Grünborn ni siquiera existiría entre Kühlungsborn y Rerik. Porque fueron ellos los que le pusieron así. En Kühlungsborn agruparon a Brunshaupten, Arendsee y Fulgen, y Rerik se llamaba Alt Gaarz. Supongo que eso les sonaba demasiado polaco. Igual que Doberow, como se llamaba aquí. Por eso





lo convirtieron en Grünborn. Pero hoy ya nadie pregunta por esas cosas.

Nina puso el postre frente a ellos.

—Gelatina a la Meckleburgo: pan negro molido, azucarado y remojado en ron, con compota de frutos rojos hecha en casa y crema batida. ¿Otra cerveza, doctor Werner? Y tú, abuela Gertrud, ¿estás contando otra vez los viejos cuentos?

La anciana volteó a ver a Nina y sus ojos azules se humedecieron.

68

—Una muchacha tan trabajadora. Qué bueno que le di la Pensión Miramar. Hay qué ver cómo la sacó adelante, esto estaba hecho un desastre. Todo lo dejaron en ruinas. Y puedo venir dos veces al año. Gratis y siempre en el Cuarto Ámbar, siempre con balcón.

Anton tomó la cerveza que le ofrecía Nina.

—¿Y entonces desde cuándo se deshicieron de los judíos?

—En 1935 no quedaba ni uno solo. Entonces papá también entró al Partido. Quien quiera ser alguien a partir de ahora, tiene que entrar, dijo, y también metió a mi marido. Él murió después en el frente. Un balazo en el estómago en abril del 45. Pero Grünborn no era tan malo. En ese entonces los vacacionistas hacían castillos de arena aquí en la playa, antes de la guerra. Cada familia, un castillo. Se aislaban, auténticamente. Se veía muy raro desde acá arriba. Castillos bien redondos con muros muy altos. Y muchos los adornaban con banderas. También ya las negras, blancas y rojas con la esvástica. Según. No le daba uno mucha importancia a eso, en ese entonces. Algunos ya no querían tener a judíos en su hotel desde antes del 33, y Kröger fue uno de ellos. Papá, no. Y tampoco se cantaban esas canciones en nuestro hotel. En el de Kröger, sí. La “Canción de Borkum”, un poquito cambiada para adaptarla a Grünborn. Y





eso no lo hicieron sólo aquí. Zinnovitz incluso tenía su propia canción. Pero con Krüger cantaban ésta. ¿La conoce?

Lo miró y, sin esperar su respuesta, graznó:

En la playa de Grünborn, la nación alemana,
sólo alemán es el estandarte.
De su escudo de honor somos garantes
para la gran Germania.
Pero quien ose acercarse con pies anchos,
pelos crespos y nariz de gancho,
no podrá disfrutar de tu playa,
lo echaremos, lo mantendremos a raya.

69

El “a raya” resultó casi inaudible con su única cuerda vocal. —Así cantaban ya desde 1928. Pero la canción era más larga. Cada año eso ocasionaba problemas, pero yo misma la escuché. Los huéspedes de Kröger se la pedían a la orquesta del balneario para que la tocara en la calzada. Nosotros sólo teníamos huéspedes respetables, respetables y decentes.

Un hombre con abrigo y una gorra negra de lana entró al restaurante. Debía ser el esposo de Nina. Se quitó los lentes empañados, le dio un beso al pasar junto a ella y desapareció en la cocina. Anton lo siguió con la vista, y mientras la abuela Gertrud se levantó. Estaba parada frente a él, apoyada en su bastón.

—¿Sabe?, que estemos de nuevo en la Pensión Miramar es nuestra dulce venganza —Y después señaló con su bastón hacia el jardín de invierno—. Y si nos la ha de quitar alguien, que sea el mar y no esos taimados comunistas.

Anton se levantó de un salto y le dio la mano. Nina salió de la cocina y llevó a su abuela hacia arriba.



—Mucho gusto en conocerlo, joven.

Nina lo había acompañado aquella vez a Mallorca. Se habían quedado un largo tiempo en la playa y Anton había ido a nadar un rato. Fue con él a la finca y Anton le preparó la cama para invitados, en la que a veces dormían los amigos que lo visitaban durante el verano. Tardó mucho en oscurecer; el sol, muy bajo en el cielo, hacía que la tierra roja resplandeciera, y comieron espagueti con aceite y ajo.

70

—No, por favor, cocine usted; yo no voy a poder hacer otra cosa durante las siguientes semanas —había respondido ella a su oferta de dejar que cocinara la profesional.

Estaban sentados en la terraza, adoquinada con piedras del tamaño de un puño, y miraban los olivos. Küpper había contratado a un viejo español que se encargaba de arreglar el jardín de la casa de huéspedes.

—Es muy bonito aquí —dijo Nina. Había puesto la pierna operada sobre una silla. Entonces contó también que tenía una amiga que era sobrecargo, y que todos los años, poco antes de que empezara la temporada alta, conseguía un vuelo. A alguna parte en el Sur. El año pasado fueron a Sicilia, y el antepasado, a Creta. Iban siempre por una semana, se quedaban en un buen hotel, hacían excursiones, se relajaban un poco antes de que en Grünborn empezara el trabajo en serio. Le contó además de las dos casas de departamentos que mandó construir y de la pizzería en Kühlungsborn.

—Por eso sí se junta mucho el trabajo en verano.

Mucho más no logra recordar Anton. El resto del tiempo debe haber hablado él. De su vida, su trabajo. Que odiaba embotarse de tanto trabajar todos los días en los hospitales y consultorios.



Que necesitaba esos tres meses de tiempo libre para poder pensar de nuevo con claridad, y que de todas maneras le gustaba mucho su profesión. De su exesposa y de cuánto les costaría tener que aprender a hablar de nuevo entre ellos, después de que los abogados habían resuelto tantas cosas durante el divorcio y de que ellos ya casi no se habían hablado. De cómo había sido cuando pasaron juntos el primer año aquí y el pequeño, todavía un bebé, había dormido todo el tiempo. Cuando Anton regresaba de la clínica, estaba dormido, y cuando Anton se iba en las mañanas, dormía otra vez. Cómo en las mañanas habían estado los tres acostados en la cama y el pequeño, a veces, después de haber tomado leche, se volvía a quedar dormido sobre el pecho de Anton. Y de lo bonito que había sido aquello, de su gran felicidad. Cuando finalmente oscureció y las luciérnagas brillaban sobre sus cabezas, una y otra vez ese centelleo, como una palpitación, y cuando él estaba ya un poco ebrio por el pesado vino español que le había llevado el jardinero, entonces también habló del amor. Y ella lo había escuchado en silencio, o así le parecía a él, ahora que estaba aquí desayunando en la Pensión Miramar. Se acordaba de su risa y también de que, a veces, sí le había hecho algunas preguntas, y cómo lo había mirado. ¿Era eso verdad, le habría contado cosas de su vida, así como la abuela Gertrud había hecho ayer con él?

71

De lo único que se acordaba ya, además, era de cómo ella se había despedido de él con un beso en la mejilla y le había dicho “Buenas noches, que duermas bien, Anton”, ¿le había dicho Anton en algún otro momento? Y cuando después de haberse lavado los dientes él se fue a su recámara, la había vuelto a ver a través de la puerta entreabierta, de espaldas, desnuda, cuando se estaba poniendo el camisón, y eso no lo olvidó. Siempre que iba a la playa,





veía su nuca frente a él, el diminuto escote entre el cuello de la blusa y el nacimiento del cabello, y entonces hablaba con ella en sus pensamientos, y cuando se acostaba con Martina, una enfermera de la clínica, cuando se acostaba con ella como todos los años, entonces pensaba en Nina. ¿Y era eso posible, podía enamorarse de alguien de quien no sabía nada? Casi nada. O quizá sólo le pareciera así ahora, ¿no se había sentido comprendido allá en el Mediterráneo?

72

Cuando Anton salió por la mañana, ella todavía dormía; cuando regresó en la tarde, había desaparecido. Le había dejado una tarjeta de presentación en la mesa de la cocina: “Muchas gracias, fue precioso, y visitame alguna vez.” Del otro lado se leía Pensión Miramar, y Propietaria: Nina Lüttjohann.

Anton pide otro capuchino, todavía está solo en el jardín de invierno. Ahora casi le da risa cuando piensa en su brusca salida de ayer por la noche en el momento en que Nina se sentó en su mesa con el marido. Eso ya le resultó excesivo. Él también debía irse ya a dormir —casi como una dama centenaria, pensó para sus adentros—, mañana sería otro día y muchas gracias por la comida tan sabrosa, dijo. Y en verdad lo arrullaron las risas y los cantos que venían de las mesas de los convidados a la fiesta. Esa ola inmensa que no rompió en su sueño, ¿era suya o se la debía a la casa y a lo que ya sabía de ella, y a que estaba construida sobre un suelo al que las tormentas y el mar cada año le arrancaban un poquito?

Nina entra al jardín de invierno. Se ve como si hubiera corrido o caminado rápidamente.

—¿Tan temprano y ya levantado? —dice y se sienta en su mesa sin quitarse el abrigo.





—Kerstin, ¿me traería una taza de té, por favor, un Darjeeling?
Se quita la gorra tejida de lana azul marino, que le queda bien a sus cabellos rubios. No lo mira cuando dice:

—Hoy podríamos caminar juntos a Rerik, a la bahía de Salzhaff, hace mucho que no voy. —Y cuando Anton no contesta, cuando no contesta inmediatamente, le toma la mano derecha entre las suyas y entonces sí lo mira:

—No había contado con que vinieras tan pronto.

Anton coloca su otra mano hasta arriba, como en el juego infantil donde siempre se saca la mano que está abajo para ponerla encima de las otras. Las manos de Nina están frías, él la mira a sus ojos de porcelana azul y dice:

—En realidad, yo tampoco.

